

pero no me des vino de Surena, que me incomoda la garganta, voto á Sanes!

La multitud le aplaudia, mezclando las carcajadas con los aplausos; el estudiante, viendo que el tumulto se aumentaba á su alrededor, exclamó:

—Viva este estruendo delicioso! *Populi debacchantis populosa debacchantio.*

Entusiasmado Juan Frollo, púsose á cantar, parodiando la voz del canónigo que entona el canto de vísperas:

—*Quee cantical quee organa! quee cantilene! quee melodiae hic sine decantantur! sonant melliflua hymnorum organa, suavissima angelorum melodia, cantica canticorum mira!*

Luego se interrumpió, diciendo:

—¡Tabernera de los diablos, dame de cenar!

Hubo unos momentos de semi-silencio, durante los que el duque de Egipto levantó la voz, instruyendo á los gitanos:

—La comadreja se llama adnine; el zorro, pié azul ó corredor de los bosques; el lobo, pié gris ó pié dorado; el oso, el viejo ó el abuelo. El gorro de un gnomo hace invisible al que lo lleva y con él se ven las cosas invisibles. Los sapos que se van á bautizar, deben vestirse de terciopelo encarnado ó negro; se les pone una campanilla al cuello y á los piés; el padrino le sostendrá la cabeza y la madrina la parte posterior. Solo el diablo Sidragasum tiene el poder de hacer bailar á las muchachas en cueros.

—Pardiez! ¡Quisiera ser el diablo Sidragasum! gritó el estudiante.

La multitud entre tanto continuaba armándose al otro extremo de la taberna, produciendo al mismo tiempo tumultuosa algazara.

—Pobre Esmeralda! decia un gitano; es nuestra hermana y es preciso sacarla de allí.

—¿Es cierto que permanece siempre encerrada en Nuestra Señora? preguntó un buhonero que tenia cara de judío.

—Es cierto.

—Pues, camarada, iremos á sacarla de allí; y con más motivo habiendo en la capilla de los Santos Fereol y Ferrution dos estatuas, ambas de oro, que juntas pesan diez y siete marcos de oro y quince adarnes, y los pedestales de plata dorada diez y siete marcos y cinco onzas. Yo puedo saberlo, porque soy platero.

Juan Frollo se puso á cenar, recostándose sobre el pecho de la moza que tenia al lado.

—¡Vive Dios, que soy completamente feliz! exclamó. Delante de mí tengo un imbécil que me mira con ojos de archi-

duque, y otro á mi izquierda que tiene tan largos los dientes que le tapan la barba. Mi derecha, como el mariscal de Gié en el sitio de Pontoise, la tengo apoyada en una eminencia suave.—Hola! eh? á vosotros os digo... no os pegueis. Tú, Bautista, que tienes tan hermosa nariz, ¿vas á arriesgarla contra los puños de ese animal? Imbécil! *Non cuiquam datum est habere nasum.*—¡Verdaderamente eres divina, Jacoba! ¡Lástima es que no tengas pelo!—Mira, me llamo Juan Frollo del Molino y mi hermano es arcediano. El diablo cargue con él. Lo que te digo es la verdad.—Haciéndome hampon he renunciado alegremente á la mitad de una casa situada en el Paraiso que mi hermano me habia prometido: *dimidiam domum in Paradiso.* Texto al canto. Poseo un feudo en la calle de Tirechappe y todas las mujeres se mueren por mí: esto es tan cierto como que San Elías era un excelente platero, y como que los cinco oficios de la Ciudad de Paris son los curtidores, los manguiteros, los talabarteros, los bolseros y los zapateros, y como que quemaron á San Lorenzo con cáscaras de huevos. Os juro, camaradas,

que no comeré pimienta en todo el año, si miento.

Hermosa Jacoba, ¡mira qué luna tan clara! Mira por esta ventana y verás cómo el viento descompone las nubes. Lo mismo hago yo con tu gorguera.—Muchachas, despabilad las velas y las narices de los chiquillos.—¡Cristo y Mahoma! ¡Qué es lo que estoy comiendo aquí? ¡Vieja bodegonera, los pelos que les faltan á las cabezas de tus bellacas se encuentran en tus tortillas! ¡A mí me gustan las tortillas calvas! ¡Desnarigada te veas! ¡Maldito figon de Belcebú, en el que se peinan las mozas con los tenedores!

Al decir esto, rompió el plato y cantó á gritos:

*Yo no tengo grey,
por vida de Brios!
ni fe, ni ley,
ni hogar, ni rey,
ni casa, ni Dios.*

Entre tanto, Clopin Trouillefon terminó la distribucion de armas. Acercóse en seguida á Gringoire, que estaba aun abstraído en sus meditaciones, apoyando los piés en un morrillo.

—Amigo Pedro, le dijo el rey de Tunia, en qué diablos estais pensando? Volviéndose hácia él Pedro Gringoire,

le contestó sonriendo melancólicamente:

—Me gusta el fuego, no por la razon trivial de que calienta los piés ó de que cuece la sopa, sino porque produce chispas. Paso á veces horas enteras mirándolas, y descubro mil cosas en esas estrellitas que tachonan el fondo negro del hogar. Esas estrellas son otros tantos mundos.

—Lléveme el diablo si te entiendo, le contestó Clopin; sabes qué hora es?

—No lo sé, le respondió maese Pedro. Acercóse entonces Clopin al duque de Egipto.

—Compañero Matías, la ocasion no es buena. Dicen que el rey Luis XI está en Paris.

—Mejor para librar de sus garras á nuestra hermana.

—Hablas como un hombre, Matías, dijo el rey de Tunia; además, no perderemos el tiempo. No nos resistirán en la iglesia; los canónigos son liebres y nosotros disponemos de mucha fuerza. Chasqueados se quedarán los esbirros del Parlamento cuando vayan á echarla el guante. Ombligo de papa! ¡No quiero que ahorquen á esa perla!

Clopin salió de la taberna.

Juan gritaba con ronca voz:

—¡Bebo, cómo, estoy borracho, soy Júpiter! ¡Eh, Pedro el Apaleador, si sigues mirándome así, te hincho las narices á papirotazos!

Gringoire, que dejó ya de meditar, examinaba la tumultuosa y atronadora escena que le rodeaba, murmurando entre dientes:

—*Luxuriosa res vinum et tumultuosa ebrietas;* hago perfectamente en no beber, porque San Benito dice con mucha razon: *Vinum apostatare facit etiam sapientes.*

Clopin volvió á entrar en la taberna y gritó con voz de trueno:

—Las doce!

Esta palabra hizo á la multitud el mismo efecto que el toque de llamada á un regimiento que está descansando, y todos, hombres, mujeres y niños, se lanzaron en tropel fuera de la taberna, moviendo gran estruendo de armas y de herraje.

Cubrian la luna algunas nubes; la Côte de los Milagros estaba muy oscura; pero, sin embargo, no estaba desierta. Habia reunidos bastantes hombres y mujeres que hablaban en voz baja. Oíase el murmullo de las conversaciones y se veian relucir en la oscuridad

toda clase de armas. Clopin se subió sobre un guardacanton y gritó:

—A vuestras filas, la Germania! ¡A vuestras filas, el Egipto! ¡A vuestras filas, Galilea!

La inmensa multitud se movió, formándose en columna. Al cabo de algunos instantes volvió á oirse la voz del rey de Tunia:

—Ahora mucho silencio al atravesar á Paris. El santo es: *Luz de broma.* Las teas no se encenderán hasta llegar á Nuestra Señora... Ea! Marchen!

Diez minutos despues huian despavoridos los soldados de la ronda ante una larga procesion de hombres negros y silenciosos que bajaba por el puente del Cambio, atravesando las tortuosas calles que cruzan en todos los sentidos el cuartel de los Mercados.

IV.

Un amigo torpe.

Aquella noche Quasimodo no dormia. Acababa de rondar la iglesia por última vez y no se fijó en que en el momento de cerrar las puertas pasó el arcediano cerca de él de muy mal humor, al ver que echaba los cerrojos y ajustaba con cuidado las gruesas barras de hierro, que daban á aquellas puertas la solidez de una muralla. Dom Claudio estaba más pensativo que nunca: desde la aventura nocturna de la celda maltratada continuamente á Quasimodo; pero aunque le trataba con dureza y hasta le golpeaba, nada alteró la sumision, la paciencia y la resignacion de esclavo del campanero. Del arcediano todo lo sufria; injurias, amenazas y golpes, sin quejarse jamás. Lo más que hacia era seguir con la mirada inquieta á Dom Claudio, cuando éste subia por la escalera de la torre; por el arcediano se habia abstenido de presentarse ante la gitana.

Aquella noche, Quasimodo, despues de echar una ojeada á las abandonadas campanas, se subió á lo más alto de la torre septentrional, y desde allí, dejando cerrada la linterna sorda, se puso á contemplar la capital. La noche, como dijimos, estaba muy oscura. Paris, que, por decirlo así, no tenia alumbrado en aquella época, presentaba á la vista una confusion de masas negras, cortadas en distintas partes por la curva y blanquecina línea del Sena. Entre las tinieblas solo veia Quasimodo la luz de una

tana de un lejano edificio, cuyo incierto y sombrío perfil sobresalía por encima de los tejados, por la parte de la puerta de San Antonio. Allí también había alguno que velaba.

Mientras vagaba por aquel horizonte nebuloso y oscuro la mirada del ojo único de Quasimodo, sentía éste dentro de sí inquietud inexplicable. Hacia ya días que le alarmaba el ver rondar continuamente alrededor de la iglesia hombres de mal aspecto que no apartaban la vista del asilo de Esmeralda, y creía que tramaban algún complot contra la infeliz refugiada, figurándose que excitaba el rencor popular como lo excitaba él, y que podría sucederle alguna desgracia. Por eso no se apartaba del campanario, acechando siempre, ya á Paris, ya á la celda, estando alerta y receloso como perro fiel.

De repente, estando escudriñando la inmensa población con su único ojo, que la naturaleza, por vía de compensación, hizo muy perspicaz, le pareció que la silueta del muelle de la Vecille-Pelletier presentaba aspecto extraordinario; que en él había cierto movimiento; que la línea negra del parapeto, realzada, por la blancura del agua, no estaba recta y tranquila como la de los otros muelles, sino que ondulaba á la vista como las olas de un río, ó como las cabezas de una multitud que marcha.

Pareciéndole esto muy extraño, redobló la atención. El movimiento parecía dirigirse hácia la Cité, pero á oscuras duró algún tiempo en el muelle y después se disipó poco á poco, como si fuese á internarse en la isla, y por fin cesó de repente; la línea del muelle volvió á quedar recta é inmóvil.

Mientras Quasimodo hacía mil conjeturas, le pareció que el movimiento reaparecía en la calle del Atrio, que se prolongaba en la Cité, perpendicularmente á la fachada de Nuestra Señora. A pesar del espesor de la oscuridad, vió el jorobado desembocar por aquella calle el frente de una columna y derramarse en un instante por toda la plaza una muchedumbre. Causaba terror semejante espectáculo. Es probable que aquella singular procesion, empeñada en ocultarse en la oscuridad, guardara silencio no menos profundo, pero debía escaparse de ella algún rumor, aunque solo fuese el ruido de los pies al andar; mas ese ruido no llegaba á los oídos del sordo, y aquella inmensa multitud, que él apenas veía, pero que la podía oír, pare-

ciala una procesion de muertos, muda, impalpable: creía ver que avanzaba hasta él una niebla llena de hombres y moverse multitud de sombras en la oscuridad.

Renacieron entonces los temores de Quasimodo y se volvió á presentar á su imaginación la idea de una tentativa contra la gitana, y comprendió confusamente que se acercaba á una situación violenta. En aquel momento crítico reflexionó con raciocinio mejor y más rápido de lo que era de esperar de una cabeza tan mal organizada. ¿Debia despertar á Esmeralda? ¿Hacer que se escapase? Pero por dónde? Las casas estaban ocupadas y la iglesia contigua al río; no teniendo lancha, no podía salir. Solo le quedaba el último recurso, el de dejarse matar en los umbrales de Nuestra Señora, resistiendo hasta que llegase algún socorro, caso de que llegara, y no despertar á la gitana, que al fin y al cabo la desdichada siempre despertaría á tiempo para morir. Tomada esta resolución, se puso á examinar al enemigo con más serenidad.

La multitud crecía por momentos en el atrio, pero comprendió Quasimodo que debía hacer poco ruido, porque no se abrieron las ventanas que caían á la plaza y á las calles inmediatas. De repente brilló una luz, y en el mismo instante siete ú ocho hachas encendidas se pasearon sobre las cabezas de los hampones, sacudiendo en la oscuridad su cabellera de llamas. Entonces ya vió distintamente Quasimodo moverse en el atrio un espantoso rebaño de hombres y de mujeres, desarrapados, armados con mazas, con picas, con segures y partesananas, cuyas mil puntas relucían. Aquí y allá algunas horquillas negras parecían los cuernos de aquellas caras asquerosas. Quasimodo recordó vagamente aquel populacho y creyó conocer las fisonomías de los que pocos meses atrás le aclamaron papa de los locos. Un hombre, que llevaba una tea en una mano y un cayado en la otra, subió sobre un guardacanton y pareció que arengaba á los demás; al mismo tiempo el extraño ejército hizo evoluciones para tomar posición alrededor de la iglesia. Quasimodo recogió la linterna y bajó á la plataforma situada entre las dos torres, con la idea de observar más de cerca y determinar los medios de defensa.

Clopin Truillefon, en cuanto llegó frente á la alta portada de Nuestra Señora, formó su ejército en batalla.

Aunque no esperaba resistencia alguna, quería, como general prudente, conservar un orden que le permitiese, en caso de necesidad, hacer frente á un ataque de la ronda. Escalonó su gente de tal modo, que vista desde alto y desde lejos parecía el triángulo romano de la batalla de Enocma, la cabeza de puerco de Alejandro ó la famosa cuña de Gustavo-Adolfo. La base de dicho triángulo se apoyaba en el fondo de la plaza, con el objeto de cubrir la avenida de la calle del Atrio; uno de los lados miraba al Hospital y el otro á la calle de San Pedro. Clopin Truillefon se colocó en el vértice con el duque de Egipto, con el estudiante Juan del Molino y con los más temerarios gitanos.

Frecuentes eran en la Edad Media en las ciudades empresas como la que acometían los hampones contra Nuestra Señora. No existía en aquella época lo que ahora llamamos *policía*. En las ciudades populosas, en las capitales sobre todo, no existía poder central, único y regulador; el feudalismo arregló las jurisdicciones de un modo extraño. Una ciudad era un conjunto de señoríos que la dividían en compartimientos de todas formas y tamaños, de donde se originaban mil *policías* contradictorias, ó, por mejor decir, la falta de *policía*. En Paris, por ejemplo, independientemente de los ciento cuarenta y un señores que pretendían tener derecho censal, había veinticinco que alegaban tener derecho censal y administración de justicia, desde el obispo de Paris, que tenía ciento y cinco calles, hasta el prior de Nuestra Señora de los Campos, que tenía cuatro. Todos estos señores feudales no conocían más que de nombre la autoridad soberana del rey. Todos gozaban en sus Estados del derecho de vida y muerte. Luis XI, infatigable albañil, que con tanto brio comenzó la demolición del edificio feudal, continuada por Richelieu y por Luis XIV en beneficio de la corona, y acabada por Mirabeau en beneficio del pueblo, Luis XI había hecho todo lo posible por romper la red de señoríos que cubría á todo Paris, lanzando violentamente á través de ella dos ó tres decretos de *policía* general. En 1465 dió orden á los vecinos de Paris, de que apenas fuese de noche iluminaran con velas las ventanas y de que encerrasen á los perros, bajo pena de horca; en el mismo año dió orden de cerrar de noche las calles con cadenas de hierro, y prohibió llevar dagas y otras armas ofensivas de noche; pero al cabo

de poco tiempo estos ensayos de legislación general cayeron en desuso. Los vecinos dejaban que el viento apagara las velas de las ventanas y que los perros vagasen por las calles; las cadenas de hierro no se tendían más que cuando Paris estaba en estado de sitio; la prohibición de usar dagas no produjo otro resultado que la mudanza de nombre de la calle de *Coupe-Gueule* por el de *Coupe-Gorge*, lo que era evidente progreso. Permaneció en pie el viejo edificio de las jurisdicciones feudales, aquella inmensa aglomeración de bailías y de señoríos que en la misma ciudad se cruzaban, se incomodaban y se enredaban mutuamente, inutilizando á la multitud de rondas y contrarondas, á pesar de las que se efectuaba á mano armada el pillaje, la rapiña y la sedición. Como reinaba tal desorden, eran frecuentes semejantes golpes de mano del populacho contra un palacio ó contra una casa, hasta en los barrios más poblados. En la mayor parte de estos lances solo intervenían los vecinos cuando el pillaje llegaba hasta sus casas. Tapábanse los oídos cuando oían tiros, cerraban las ventanas y barraban las puertas y dejaban que la contienda se arreglase con la ronda ó sin ella, y á la mañana siguiente se decía en Paris: Esta noche han saqueado á Estéban Barbette.—Esta noche han atropellado al mariscal de Clermont, etc. etc. Por eso no solo los alcázares reales, como el Louvre, el Palacio, la Bastilla, las Tournelles, sino también las residencias señoriales, como Le Petit Bourbon, el palacio de Sens y el de Angulema, tenían almenas en las murallas y troneras encima de las puertas. A las iglesias las defendía su santidad; sin embargo, algunas estaban fortificadas, pero no pertenecían á este número Nuestra Señora. El abad de San German de los Prados tenía almenada la iglesia como una fortaleza, y en su abadía había más hierro empleado en bombardas que en campañas. La fortaleza existía aun en 1610; hoy día solo queda la iglesia.

Pero volvamos á Nuestra Señora de Paris.

Tomadas las primeras disposiciones (y debemos decir, en honor de la disciplina hampona, que fueron ejecutadas en silencio y con la mayor precisión), subió el digno jefe de la tropa, Clopin, sobre el parapeto del atrio; levantó la voz, ronca y vinosa, vuelto hácia Nuestra Señora, y agitando la antorcha, cuya luz, batida por el viento y velada á cada

instante por su propio humo, hacia aparecer y desaparecer á la vista la rojiza fachada de la iglesia, dijo:

—A tí, Luis de Beaumont, obispo de Paris, consejero del tribunal del Parlamento: yo, Clopin Trouillefon, rey de Tunia, gran coësre, príncipe de la Germania, obispo de los locos, digo: Nuestra hermana, falsamente acusada de mágia, se ha refugiado en tu iglesia, y tú la debes auxilio y salvaguardia. Sabemos que trata de apoderarse de ella el tribunal del Parlamento y que tú lo consientes, y esto es tan cierto, que mañana la ahorcarían en la plaza de la Grève si Dios y los hampones no lo impidieran. Por esto nos dirigimos á tí, obispo. Si tu iglesia es sagrada, nuestra hermana, cobijada en ella, también lo es; si nuestra hermana no lo es, la iglesia tampoco. Por estas razones te intimamos que nos entregues á dicha joven si quieres salvar la iglesia; de lo contrario saquearemos la Catedral y arrebataremos á Esmeralda, en lo que haremos bien. En fé de lo cual, planto aquí mi bandera, y ¡Dios sea en tu ayuda, obispo de Paris!

Por desgracia, Quasimodo no pudo oír estas palabras, pronunciadas con una especie de majestad sombría y salvaje. Un hampon presentó su bandera á Clopin, que la plantó solemnemente en el empedrado. La bandera era una horquilla, de la que pendía un sangriento cuarto de carroña.

Hecho esto, el rey de Tunia se volvió y paseó la vista por su ejército, por la multitud feroz, cuyas miradas brillaban tanto como las picas.

Después de un instante de pausa, gritó:

—Adelante, hijos! ¡Manos al trabajo, operarios!

Treinta hombres robustos, de miembros hercúleos, con aspecto de cerrajeros, salieron de las filas con martillos, tenazas y barras de hierro. Se dirigieron á la puerta principal de la iglesia, subieron las gradas, y en seguida se les vió á todos agachados bajo la ojiva, ocupados en descerrajar la puerta con tenazas y palancas. Multitud de hampones fué con ellos para ayudarles ó para ver lo que hacían. Los once escalones de las gradas estaban atestados de gente.

La puerta, sin embargo, resistía.

—Diablo, dura es y testaruda! decía uno.—¡Es vieja y tiene endurecidos los cartilagos! respondía otro.—¡Animo, ca-

maradas! Apuesto la cabeza contra una chinela á que abris la puerta, tomáis á la muchacha y despojáis el altar mayor antes que se despierte un pertiguero. Firme! creo que ya cruje la cerradura!

Interrumpió á Clopin un extrépito espantoso que resonó en este instante detrás de él. Volvió la cabeza; una viga enorme acababa de caer del cielo, aplastando á una docena de hampones sobre la escalinata de la iglesia y rebotó sobre el empedrado con el ruido de un cañonazo, rompiendo piernas de los sitiadores, que retrocedieron lanzando agudos gritos de terror; en un santiamén quedó vacío el estrecho recinto del átrio. Aquellos, protegidos por los profundos arcos de la portada, abandonaron el puesto, y el mismo Clopin se replegó á distancia respetuosa de la iglesia.

—Escapé de buena! exclamó Juan. El aire de la viga me dió en la cara!

Imposible es explicar el asombro mezclado de espanto que se apoderó de los bandidos al caer la viga. Quedaron durante algunos minutos con los ojos fijos en el aire, más consternados á la vista del madero que á la de veinte mil arqueros del rey.

—Satanás! exclamó el duque de Egipto; esto me huele á mágia!

—La luna nos envía este leño, dijo Andrés el Rojo.

—Por eso dicen que la luna es amiga de la Virgen, repuso Francisco Chanteprune.

—¡Por vida del Papa, que todos sois unos imbéciles! gritó Clopin. Pero él no sabía explicarse la caída del madero.

Nada se distinguía, sin embargo, sobre la fachada, á cuya parte alta no llegaba la claridad de las antorchas. El macizo madero yacía en medio del átrio, y oíanse los gemidos de los miserables que recibieron el primer choque, á los que dividió por mitad del vientre en el ángulo de los escalones de piedra.

Pasado el primer asombro, el rey de Tunia encontró una explicación, que pareció plausible á sus compañeros:

—Vive Dios! Eso debe ser que los canónigos se defienden. Saqueo y á ellos!

—Saqueo! repitió la caterva con furiosa aclamación, y una descarga de flechas cayó sobre la fachada de la iglesia.

Al oír la detonación, despertáronse los pacíficos habitantes de las casas contiguas, abriéronse muchas ventanas, y en ellas aparecieron muchos gorros de dor-

mir y muchas manos con velas encendidas.

—Disparad á las ventanas! gritó Clopin.

Cerráronse todas de repente al oír esta orden, y los curiosos, que apenas tuvieron tiempo para mirar con terror aquella escena de luces y de tumulto, volviéronse sudando de miedo al lado de sus mujeres, preguntándose á sí mismos si era que se celebraba un *sábado* en el átrio de Nuestra Señora, ó si la asaltaban los borgoñones como en 1464. Los maridos pensaron en el robo, las mujeres en la violación, y todos temblaron.

—Al saqueo! repetían los hampones, pero no se atrevían á acercarse; contemplaban la viga. El madero no se movía, el edificio estaba desierto, pero secreto terror helaba á los bandidos.

—Adelante los operarios! ¡echad abajo la puerta! gritaba Clopin.

Nadie se movió.

—Voto al diablo! ¡Hé aquí unos hombres que tienen miedo á un madero!

—Capitan, contestó un operario, no es la viga lo que nos embaraza; es la puerta, que está sujeta con barras de hierro y las tenazas no sirven para nada.

—Qué necesitáis para echarla abajo?

—Necesitamos un ariete.

El rey de Tunia dirigióse con intrepidez al formidable madero y puso un pié sobre él.

—Aquí hay uno, exclamó; los canónigos os lo envían. Haciendo á la iglesia un saludo irónico, dijo:—Muchas gracias, canónigos.

Esta baladronada produjo su efecto y disipó el prestigio del madero. Se reanimaron los hampones, y en un instante la pesada viga, levantada como una pluma por doscientos brazos vigorosos, cayó con furia contra la gran puerta que querían desquiciar. Visto á la escasa claridad de las pocas antorchas que llevaban los bandidos, aquel largo madero, que conducía un tropel de hombres que corriendo se precipitaban con él contra la iglesia, parecía monstruoso animal de mil piés, atacando con la cabeza baja á la gigante de piedra.

Al choque de la viga retumbó la puerta semi-metálica como un inmenso tambor, y aunque no se rompió, se estremeció la Catedral entera y se oyeron resonar las cavidades del edificio.

Al mismo tiempo empezó á caer una lluvia de piedras gruesas sobre los sitiadores desde lo alto de la fachada de Nuestra Señora.

—Diablo! gritó Juan; ¿nos arrojarán las torres sus balastradas á la cabeza?

Pero el impulso estaba ya dado, y el rey de Tunia contribuía con su ejemplo á dar valor á los hampones; figurándose éstos que el obispo se defendía, batían la puerta con más rabia, á pesar de que las piedras que caían hacían saltar cráneos á derecha y á izquierda.

Lo chocante era que las piedras caían una á una, pero con mucha frecuencia; los hampones recibían siempre dos á la par, una en las piernas y otra en la cabeza. Rara era la que erraba el golpe, y ya se había formado un gran montón de muertos y de heridos bajo los piés de los sitiadores, que, cada vez más furibundos, se relevaban sin cesar. La larga viga continuaba batiendo la puerta á intervalos regulares, como el badajo de una campana, y rechinaba mientras llovían piedras.

El lector debe haber comprendido que la resistencia inesperada, que tanto exasperaba á los hampones, provenía de Quasimodo. La casualidad por desgracia favoreció al valiente sordo.

Cuando bajó á la plataforma situada entre las dos torres tenía confusión de ideas. Durante algunos minutos corrió por la galería, yendo y viniendo como un loco, observando desde allí la masa compacta de los hampones, decididos á arrojar sobre la iglesia, y pedia á Dios ó al diablo que salvase á la gitana. Ocurriósele subir al campanario meridional y tocar á rebato; pero antes de echar la campana al vuelo, antes que la voz sonora de María hubiese lanzado un solo clamor, ¿no podían derribar la puerta de la iglesia? Precisamente en aquel instante los obreros con sus herramientas avanzaban hácia ella. Qué hacer, pues?

Se acordó de repente que habían estado trabajando todo el día albañiles en reparar la pared, el techo y el tejado de la torre meridional, y esto fué para él una inspiración. La pared era de piedra, la techumbre de plomo y la armazón de madera.

Voló Quasimodo á aquella torre: las habitaciones inferiores estaban, en efecto, llenas de materiales. Había montones de cascote, láminas de plomo arrolladas, haces de latas, gruesas vigas, melladas ya por la sierra, y muchísimos escombros; un arsenal completo.

El tiempo apremiaba. Las tenazas y los martillos trabajaban abajo. Quasimodo, con inmensa fuerza, que multiplicaba el sentimiento del peligro, levantó

una de las vigas, la más larga y pesada, la sacó por la ventanilla, y cogiéndola luego por fuera de la torre, hizola deslizarse sobre el ángulo de la balaustrada que rodea la plataforma y la dejó caer en el abismo. El enorme madero, en la caída de ciento veinte piés, raspando la pared, rompiendo las esculturas, giró muchas veces sobre sí mismo, como el aspa de un molino que volara por sí sola por el espacio, y tocó por fin el suelo, haciendo lanzar un grito horrible.

Quasimodo vió que los hampones se desparramaban, al caer el madero, como la ceniza al soplo de un niño; aprovechó de su terror, y mientras ellos fijaban supersticiosas miradas en la viga y acribillaban con una descarga de saetas á los santos de la portada, él amontonaba silenciosamente piedras, cascotes y hasta sacos de instrumentos de albañilería sobre el antepecho de la balaustrada por donde había precipitado el madero.

Por eso desde que empezaron á golpear la inmensa puerta empezó también la lluvia de piedras y de cascotes, pareciéndoles á los bandidos que la iglesia se demolia por sí misma sobre sus cabezas.

El que hubiese visto entonces á Quasimodo se hubiera horrorizado. Además de los proyectiles que amontonó sobre la balaustrada, reunió multitud de piedras sobre la misma plataforma. Cuando agotó los cascotes reunidos en el antepecho exterior, los cogía á puñados del montón, y entonces se agachaba y se volvía á enderezar con actividad increíble. Su horrible cabeza de gnomo se asomaba á la balaustrada y luego caía una piedra, y luego otra; de vez en cuando seguía con la vista la caída de las piedras mayores, y cuando mataban á alguno, decía:—Así!

Los hampones no desmayaban, sin embargo; más de veinte veces había ya temblado la maciza puerta bajo el peso del ariete de encina, multiplicado por la fuerza de cien hombres. Rechinaban las compuertas, volaban en astillas las cinceladuras, los goznes temblaban en sus ejes, las cerraduras salían de quicio, la madera caía hecha polvo entre las chapas de hierro; pero afortunadamente para Quasimodo, había en las puertas más hierro que madera.

Conoció, sin embargo, que éstas vacilaban. Aunque no oyese que cada golpe de ariete repercutía en las cavernas de la iglesia y en sus entrañas, desde su altu-

ra veía que demostraban aire de triunfo los hampones, y que con rabia amenazaban cerrando los puños á la tenebrosa fachada, y envidiaba Quasimodo para él y para la gitana las alas de los buhos que huían á bandadas por encima de su cabeza.

Su lluvia de cascotes no bastaba para rechazar á los sitiadores. En estos momentos de angustia vió, un poco más abajo de la balaustrada desde la que apedreaba á los hampones, dos largas canales de piedra que desembocaban inmediatamente sobre la puerta principal de la iglesia; el orificio interior de estas canales daba sobre la plataforma. Ocurrióle una idea: corrió á su habitación á buscar un leño, puso sobre él una porción de latas y de rollos de plomo, y después de bien dispuesto todo eso junto á la boca de ambos canalones, pególe fuego con su linterna.

Durante este tiempo, como ya no caían piedras, los hampones ya no miraban hácia arriba; y jadeando como jauría que acosa á un jabalí en su madriguera, se apiñaban tumultuosamente alrededor de la gran portada, desfigurada ya por el ariete, pero en pié todavía, esperando con bramidos de impaciencia el golpe que debía hacerla pedazos. Porfiaban todos ellos por acercarse á ella lo más posible para lanzarse los primeros, cuando se abriese, en la opulenta Catedral, que era un vasto receptáculo donde se iban amontonando las riquezas de tres siglos. Recordábanse unos á otros con alegría y con codicia las hermosas cruces de plata, las ricas dalmáticas de brocado, las soberbias tumbas de plata sobredorada, las magnificencias del coro, las fiestas deslumbradoras, las Navidades resplandecientes de luces, las Pascuas brillantes como el sol y todas las solemnidades en las que urnas, candeleros, cálices, tabernáculos y relicarios cubrían los altares de una capa de oro y de diamantes. Seguramente en aquel momento, así los ladrones como los rateros, así los asesinos como los caballeros de industria, pensaban menos en libertar á la gitana que en el saqueo de Nuestra Señora, y creemos que para muchos de ellos el librar á Esmeralda era solo un pretexto, si es que para robar se necesitan pretextos.

Repentinamente, en el momento en que se agolpaban alrededor del ariete para hacer el último esfuerzo, reteniendo todos el aliento y dilatando los músculos para dar con todas sus fuerzas el

golpe decisivo, alzóse en medio de ellos un aullido más espantoso aun que el que exhalaban cuando cayó el madero. Los que no gritaban, los que vivían aun, miraron hácia arriba. Dos chorros de plomo caían desde lo alto del edificio en lo más compacto de la muchedumbre: aquel mar de hombres acababa de bajarse bajo la influencia del metal hirviente, que hizo, en los dos puntos donde cayó, dos agujeros negros y humeantes entre el gentío, como en la nieve el agua caliente.

Veíase entre la multitud agitarse á los moribundos medio calcinados y bramando: alrededor de los dos caños principales, muchas gotas de la horrible lluvia se desparramaban sobre los sitiadores y penetraban en los cráneos como barrenas candentes; era aquello un fuego pesado que acribillaba á aquellos miserables con su granizo abrasador.

Los gritos que lanzaban eran desgarradores. Todos huyeron en tropel, dejando caer el madero sobre los cadáveres, así los cobardes como los valientes, y por segunda vez quedó el átrio vacío.

Todas las miradas se dirigieron á lo alto de la iglesia, que ofrecía espectáculo extraordinario. Sobre la más alta galería, encima del roseton central, alzábase una hoguera entre los dos campanarios, envuelta en un torbellino de chispas y con llama desordenada y furiosa, que el viento dividía á cada instante y arrebatava entre el humo. Más abajo de la llama y de la sombría balaustrada con labrados de fuego salían dos canalones de piedra en forma de monstruos, cuyas bocas vomitaban sin interrupción una lluvia ardiente, que destacaba la plateada corriente sobre las tinieblas de la fachada inferior; á medida que se acercaban al suelo se ensanchaban, formando copo los dos chorros de plomo líquido, como el agua que sale por muchos agujeros de la regadera. Encima de la llama distinguíanse los dos grandes torres, viéndose los dos frentes de ellas muy distintos; el uno negro enteramente y el otro de fuego, pareciendo más grandes todavía por la inmensidad de la sombra que elevaba hasta el cielo. Las innumerables esculturas, que representaban diablos y dragones, tomaban aspecto lúgubre; al inquieto reflejo de las llamas parecía que se movían; había serpientes que parecían reír, perros que ladraban, salamandras que soplaban el fuego y tarascas á las que el humo hacia estornudar. Entre

esos monstruos, que habían despertado el ruido y las llamas, había uno que andaba y que pasaba de vez en cuando por delante de la hoguera ardiente, como un murciélago delante de una luz.

Indudablemente este singular faro despertaría al lejano leñador de las colinas de Bicetre, aterrado al ver vacilar sobre los matorrales la gigantesca sombra de Nuestra Señora.

Hubo largo silencio de terror entre los hampones, durante el cual se oyeron los gritos de alarma de los canónigos encerrados en el claustro, inquietos como caballos en una cuadra que está ardiendo: se oían el furtivo rumor de las ventanas que se abrían y cerraban con precipitación, el desasosiego interior de las casas del hospital, el viento al agitar las llamas, la agonía de los moribundos y el chirrido continuo de la lluvia de fuego sobre las piedras.

Entre tanto, los principales jefes se habían retirado bajo el pórtico de la casa de Goudelaurier y celebraban consejo. El duque de Egipto, sentado en un poyo, contemplaba con religioso temor la fantasmagórica hoguera que resplandecía á doscientos piés sobre el nivel del suelo. Clopin Trouillefon se mordía las manos con rabia.

—Será imposible entrar! murmuraba entre dientes.

—Esta es una vieja iglesia encantada! refunfuñaba el antiguo gitano Matías Hungadi Spicali.

—Vive Dios! exclamaba un valentón machucho que había sido soldado; ¡esos canalones vomitan plomo derretido mejor que los matacanes de Lectoure!

—¿Veis aquel demonio que pasa y vuelve á pasar por delante del fuego? preguntó el duque de Egipto.

—Pardiez! contestó Clopin, es el maldito campanero, el condenado Quasimodo.

El gitano meneó la cabeza en señal de negación.

—Pues yo os digo, repuso, que es el espíritu Sabnac, el gran marqués, el demonio de las fortificaciones. Su forma es la de un soldado armado con cabeza de león; á veces monta un caballo repugnante; cámbia en piedras á los hombres, y luego construye torres. Manda cincuenta legiones; estoy seguro que es él, le reconozco. A veces viste un magnífico ropon, como los turcos.

—¿Dónde está Bellevigne de L' Etoi-

le? preguntó Clopin.